

MUJER Y MEMORIA EN LAS NOVELAS DE LOURDES ORTIZ

Nuria SÁNCHEZ VILLADANGOS

(Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2012,
Biblioteca Canon, vol. 10, 222 págs.)

La labor exigente y esforzada de la crítica se comprueba apenas abrimos las páginas que la joven investigadora Nuria Sánchez Villadangos ha dedicado a la novelística de Lourdes Ortiz, con unos objetivos claros desde el principio y un método adecuado de análisis. Si a lo dicho se añade una especial fluencia expresiva y unos frutos finales muy estimables, cabe decir que nos encontramos ante un texto crítico cuyos méritos conviene resaltar.

La investigadora parte de los presupuestos de la ginocrítica, establecidos por Elaine Showalter, con la pretensión de resaltar la memoria e identidad de las mujeres en la narrativa de Lourdes Ortiz, en la cual «es posible apreciar un amplio abanico de excelsas protagonistas femeninas que casi siempre salen malparadas, conscientes de que han de seguir luchando día a día para sobrevivir en un mundo que todavía les es hostil y ajeno». En la narradora estudiada concurren circunstancias que convierten su obra en testigo de una época y acaso de una generación: «Ser mujer y escritora, haberse educado en la férrea dictadura franquista, haber vivido la inestable transición y el declive de los tiempos actuales». Con estas premisas iniciales, Nuria Sánchez organiza su investigación en dos grandes capítulos: el primero, de

carácter introductorio, no es de menor interés que el segundo, centrado en el análisis de cada una de las novelas de Ortiz, para llegar, finalmente, a unas conclusiones, a las que sigue una bibliografía exhaustiva de y sobre Lourdes Ortiz, así como la referente a tratados de teoría y crítica feminista, de narratología y de otros campos anejos que han fecundado la investigación llevada a cabo.

«Escritura y compromiso» se titula el capítulo introductorio. En él insiste Nuria Sánchez en la declaración de sus intenciones y objetivos y traza la trayectoria vital y profesional de una escritora «prolífica y polifacética», pues en su haber pueden anotarse novelas, cuentos, obras teatrales y ensayísticas, traducciones, etc. Pero acaso el aspecto más sugestivo del capítulo sea la problemática planteada por el método elegido, la ginocrítica, que obliga a la investigadora a «redefinir el problema teórico que enfrentamos» por medio de una batería de preguntas que muchos otros se han formulado cuando se habla de la «creatividad femenina» y sus posibles características diferenciales respecto a la literatura escrita por hombres. Tras la oportuna reflexión, Nuria Sánchez establece que la literatura femenina será aquella que posea, al menos dos indicadores: que su autora sea una mujer y que el texto conlleve marcas que transmitan una feminidad que se les supone a las obras escritas por mujeres. Es un arduo problema el que aborda la investigadora, pues tal vez algunas de tales marcas puedan ser comunes a la novelística posmoderna, escrita por mujeres o por hombres. Entre las características apreciables de la literatura posmoderna y femenina se indican: la subversión temática, aspecto que atañe también a la tradición literaria y a los modelos estilísticos y lingüísticos, la preferencia por el modo narrativo en primera persona, desarrollo no lineal de la narración, tratamiento especial del espacio, con preferencia por los espacios interiores (la casa, el cuerpo, etc.), un lenguaje atrevido y realista... Todo ello aparece convenientemente matizado por la investigadora, que señala: «Ante la cuestión de si existe un estilo marcado y decididamente femenino no hay nada absoluto, sino que es algo que ha de quedar abierto a nuevas indagaciones»; pero es indudable, a mi parecer, que la literatura de mujer presentará, si no cualidades específicas determinantes, cuestión aún discutible, sí osados cambios con respecto a la literatura de mujer en otras épocas en las que no podía expresarse con libertad y en las que el espacio literario estaba ocupado en buena parte por el hombre.

Delimitado el campo de estudio, el capítulo segundo convoca a cada una de las novelas de Lourdes Ortiz y, conforme a los postulados de la ginocrítica, la investigadora procederá a «indagar las principales características de

sus novelas, con un interés especial por el universo de los personajes femeninos que crean sus propios espacios de actuación y organizan el devenir de sus historias».

En 1976 publicó Lourdes Ortiz su primera novela, *Luz de la memoria*, que mereció críticas elogiosas. La última de sus novelas, por ahora, es *Las manos de Velázquez*, publicada en 2006. Entre una y otra aparecieron novelas de tanta repercusión crítica y editorial como *Urraca* (1982) o *La fuente de la vida* (1995). Diez en total. Todas reciben el correspondiente análisis según los parámetros metodológicos indicados, que no actúan como corsé, sino como camino para llegar a buen puerto sin rodeos innecesarios. Cada novela exige, como es natural, enfoques diferenciados. Así, por ejemplo, *Luz de la memoria* no presenta «un universo femenino claro ni es una obra que se postula como defensora de las mujeres y ni siquiera estas tendrán un papel relevante a lo largo de la novela», por lo que la investigadora se centra más en «desentrañar las claves sociológicas y políticas» de una obra que no deja fuera del análisis porque sirve para constatar la evolución de la novelista desde «una literatura más comprometida, social y políticamente, a una narrativa más interesada en los conflictos humanos y en las relaciones entre hombres y mujeres, con especial atención a estas últimas» en su lucha diaria por sobrevivir en un mundo dominado por los hombres. Con *Picadura mortal* (1979) creó Lourdes Ortiz la primera mujer detective española, Bárbara Arenas. Aunque la autora considera la novela como un adiestramiento en el arte de contar, lo cierto es que el hecho de que fuera una novela policiaca, escrita por una mujer y con protagonista femenina, detective atractiva, rebelde y desinhibida, tenía un cierto morbo, aunque su calidad fuera inferior a la de novela anterior. La novelista aún respeta los papeles tradicionales asignados al hombre y a la mujer, si bien «se puede apreciar que «el texto es un alegato a favor del feminismo de la igualdad o una defensa de las mujeres como seres que pueden realizar los mismos trabajos que los hombres». *En días como éstos* (1981) es una novela aparentemente tradicionalista, con un discurso explícitamente falocéntrico, aunque la investigadora demuestra, en sugestiva lectura palimpséstica, que bajo las capas superficiales de significado se oculta un segundo nivel de significación diferente. Posiblemente siga siendo *Urraca* (1982) la novela más valorada de Lourdes Ortiz. También la investigadora se rinde a la calidad de la novela, dedicándole nutridas páginas analíticas e interpretativas, que atañen tanto a la figura de la reina medieval como al género de la novela histórica, señalando, entre otros aspectos destacables, que «la clave de la novela reside en que está contada desde el punto de vista de alguien que fue excluida de formar parte de la historia

oficial por el simple hecho de ser mujer» y que, a lo largo de la narración, parece decirnos que «las posesiones y la gloria no son tan importantes como lo pudieran parecer, y que acaso el poder más intenso sea aquel que se ejerza sobre uno mismo a través de la autoafirmación y el autoconocimiento responsables y respetuosos». Si *Arcángeles* (1986) es una obra experimental de carácter metaficcional, *Antes de la batalla* (1992) es una novela testimonial que, bajo capa aparentemente falocéntrica, por su focalización masculina, presenta «la problemática de las mujeres al mismo nivel que las críticas hacia esa sociedad posmoderna, enferma de ambición por lograr ostentar el poder, deshumanizada y nihilista». Netamente testimonial y comprometida es *La fuente de la vida* (1995), con fuerte presencia de las mujeres, que actúan con decisión, frente a la pusilanimidad de los hombres; de ahí que la investigadora analice los diversos modelos de mujer en una novela que califica de «femenina» y «feminista», además de «culturalista, rica en matices e introspecciones». El apartado dedicado a *La liberta. Una mirada insólita sobre Pablo y Nerón* (1999) me parece espléndido, sobre todo en las consideraciones que la investigadora establece sobre la problemática de la novela histórica en general, género en el que hay que situar *La liberta*, emparentada, en este sentido, con *Urraca. A Cara de niño* (2002), novela «policíaca a la vez que social» y «a medio camino entre la etapa femenina y la etapa feminista de Showalter», sucedió cronológicamente *La manos de Velázquez* (2006), homenaje a la pintura, y, a la vez, «relato de la soledad, de la incompreensión, de la controversia, de la rivalidad, de los celos y sentimientos encontrados»; aunque la novela pueda calificarse de histórica, «quizá destaque más por disponer un retrato intimista y urbano, en suma, por ser una novela interdisciplinaria o multicultural».

Nuria Sánchez Villadangos ha realizado un análisis riguroso e inteligente de la novelística de Lourdes Ortiz, trazando las líneas de fuerza de cada novela y las que atraviesan el conjunto con una fluidez expresiva que echamos en falta en numerosos estudios críticos.

José Enrique Martínez

Universidad de León